

Pentecostés: Llenos del Espíritu Santo

Por el Rev. G. Zwerus (sermón 283b)

Lectura Bíblica: Hechos 2:1-13

Salterio 471: 1, 2
318: 4, 7
183: 3, 4
374: 4, 5

Queridos amigos:

Es una certeza verdadera que la bondad de Dios se extiende sobre todos los hombres. El Señor no sólo confirma este hecho en cuanto a las cosas temporales de este mundo, sino que lo hace también en el reino espiritual. ¡Cuán raro es el hombre que se da cuenta de esto en la vida! Nosotros recibimos todo como si fuera nuestro derecho: para nosotros, es “normal” gozar de buena salud, o tener el privilegio de estar en la casa de Dios. Muy pronto nos acostumbramos a recibir las cosas que realmente no merecemos; no las sabemos valorar, y nos olvidamos del generoso Dador de todas estas cosas. La bondad de Dios es una gran bendición en la vida natural, pero es de mucha mayor bendición en cuanto a las cosas espirituales.

Especialmente en el día de Pentecostés se manifiesta la bondad de Dios. Hemos cantado de eso del Salmo 118, el cual alaba la bondad del Señor. En la luz de nuestra indignidad, el Salmista alza su voz para la glorificación del Dios Trino. Los hechos de la salvación que recibe la Iglesia de Dios son hechos que provienen de la bondad de Dios a través de Su Hijo, el Señor Jesucristo. La Iglesia experimenta estos hechos de la salvación aquí en la tierra según la orden y la institución de Dios Mismo. Así, las experiencias de los hijos de Dios siempre toman lugar según el obrar del Espíritu Santo, y el Mismo Espíritu abre el corazón para estas experiencias.

Sin embargo, este Espíritu Santo también es la Persona Divina que *aplica* la obra de Dios en el corazón, para que un pecador experimente el bendito fruto de la bondad de Dios. Sí, el pueblo de Dios siempre experimenta que Dios es bueno para con un pecador.

Hoy celebramos el día de Pentecostés otra vez, cuando consideramos el gran hecho del derramamiento del Espíritu Santo. Con la ayuda del Señor, esperamos meditar sobre el milagro del Pentecostés del capítulo que hemos leído, Hechos 2, y los cuatros primeros versículos, donde se lee la Palabra de Dios y nuestro texto como sigue:

“Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen”.

En estas palabras escuchamos sobre el día de Pentecostés, cuando todos fueron llenos del Espíritu Santo. Vamos a considerar este tema con tres puntos principales:

- 1. La venida del Espíritu Santo como cumplimiento.**
- 2. El derramamiento del Espíritu Santo en este cumplimiento.**
- 3. La obra del Espíritu Santo desde este cumplimiento.**

Primer pensamiento

Leemos en nuestro texto de un asunto muy bueno: que “estaban todos unánimes juntos”. ¿Quién era esta gente? Podemos encontrar la respuesta a esta pregunta en Hechos 1, versículos 13 y 14, donde leemos de los discípulos, las mujeres, María la madre de Jesús, y Sus hermanos. También había otros seguidores, porque leemos que eran como ciento veinte en número. Para estas ciento veinte personas, era muy bien estar juntos, y no había ninguna lucha entre ellos sobre quién era el mayor entre ellos. No había nada de disensión entre ellos, porque leemos que estaban todos unánimes juntos.

¿A qué propósito se habían reunido estas personas? Esperaban recibir lo que se les había sido prometido. Se manifestó el amor verdadero del uno hacia el otro por el hecho de que estaban todos unánimes juntos. Este amor no era un amor fingido o falso, sino un amor verdadero. Donde el amor existe en la Iglesia de Dios, ahí el Señor glorifica Sus hechos. La Palabra de Dios nos dice lo mismo en Salmo 133, donde leemos: “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía!” ... “Porque allí envía Jehová bendición, y vida eterna” (Salmos 133:1, 4). Estas personas reunidas en el día de Pentecostés esperaban lo que se les había sido prometido, es decir, el Consolador, el Espíritu Santo, el cual los guiaría a toda la verdad (Juan 16:13). Jesucristo, Quien era su Salvador, su Redentor, su Gran Esposo, y su Emmanuel exaltado, se les había prometido la venida del Espíritu Santo.

Por eso había motivo de gran gozo para esta gente, pues esa promesa vino de la boca de Él que jamás mintió. Muchas veces el hombre es engañado por las promesas de otras personas, pero la promesa hecha por Cristo siempre será confirmada, porque Él es Dios, Quien no puede mentir. Por

esto, nuestro primer pensamiento hoy habla acerca de la venida del Espíritu Santo como el cumplimiento de la promesa hecha por Cristo Mismo. Las personas en el aposento alto faltaban algo, y ahora experimentarían el cumplimiento de la provisión de Dios para que no faltasen más. Ese cumplimiento de la promesa de Cristo sería para ellos un motivo de gran gozo y mucho consuelo. De hecho, la venida del Espíritu Santo ya se había prometido por la boca de los profetas, como el profeta Joel, quien había profetizado acerca del derramamiento del Espíritu Santo.

Hemos dicho que las personas en el aposento alto faltaban algo. Había un lugar vacío en sus vidas. Amigos, cada persona falta algo en su vida y tiene un lugar vacío en su corazón, ¿no es cierto? Por nuestra naturaleza, el hombre trata de llenar ese vacío con sus propias obras y sus propios hechos. Sin embargo, no es posible experimentar la verdadera satisfacción fuera de Dios, porque los bienes y los gozos de este mundo nunca pueden llenar el gran vacío que existe en nuestro corazón. No obstante, por su naturaleza el hombre persiste en la búsqueda de la satisfacción con las cosas de este mundo, y a veces llega a tal punto que cuando experimenta que nada le ofrece la verdadera satisfacción, al final escoge la muerte y se suicida, para entonces llegar al lugar donde para siempre estará sin Dios y sin la comunión de Él.

Para la Iglesia verdadera, Dios le ha enseñado su gran falta y el gran vacío que tiene. El Espíritu de Dios es Él que obra esto en la vida de los hijos de Dios. Al ver y experimentar este gran vacío en su vida, el corazón del pueblo de Dios anhela a Dios y desea que el Señor Mismo llene este lugar vacío con Su propia presencia. Entonces el hijo de Dios clama a Él con toda humildad, como el publicano: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Lucas 18:13). El publicano conoció su pecado y lamentó ante los ojos de Dios por causa de ello. Él sólo pudo esperar la bondad y la gracia de Dios.

Congregación, la venida del Espíritu Santo como cumplimiento de la promesa de Cristo es algo que siempre debe ser esperada por la Iglesia vivificada de Dios. Es decir, es importante y necesario que sienta su gran falta y el gran vacío en su corazón sin el derramamiento del Espíritu Santo en su corazón. El Señor no tiene un pueblo en este mundo que haya recibido todo en esta vida aquí abajo; no, la Iglesia de Dios sólo conocerá plenamente a Dios y Sus caminos en el día de su muerte en cuanto a su alma, y en el gran día del juicio en cuanto a cuerpo y alma. Por eso, es un hecho fundamental de la religión verdadera que cada hijo de Dios anhelará este cumplimiento de la promesa de Dios acerca del derramamiento del Espíritu Santo, y no buscará más su satisfacción en las cosas del mundo. Tampoco espera el hijo de Dios que su satisfacción provenga de sus propias justicias o su propia religión, pues llegará a ver sus propias justicias como “trapo de inmundicia” (Isaías 64:6). Fíjense bien, amigos, que las Escrituras no testifican que nuestras *injusticias* sean

como trazo de inmundicia, sino nuestras *justicias*. Con esto podemos ver que todo lo necesario para llenar el gran vacío que experimenta el pueblo del Señor viene del lado de Dios, y no de nosotros.

Hoy es el día de Pentecostés. La palabra “Pentecostés” es una palabra griega que significa “cincuenta días”. En el Antiguo Testamento, se celebraba la fiesta de Pentecostés cincuenta días después de la Pascua. También, el Señor dio la Ley a Moisés en el Monte de Horeb cincuenta días después de la celebración de la Pascua. La plena redención en Cristo Jesús ya se declaró en el contenido de esta Ley. Para Israel, entonces, el Pascua ya se había celebrado, y se esperaba el cumplimiento de la fiesta de Pentecostés. Así fue con la primera Iglesia del Nuevo Testamento: cincuenta días habían pasado desde el gran “Pascua” de la muerte del Cordero de Dios, y ahora la Iglesia esperaba el cumplimiento de la promesa del Cordero, es decir, el derramamiento del Espíritu Santo.

Hay una diferencia entre la manifestación de la Persona del Espíritu Santo en el día de Pentecostés y la obra del Espíritu Santo en el corazón del pueblo de Dios. El Espíritu se manifiesta en el corazón de los hijos de Dios como la tercera Persona del Ser Divino, para que ellos crean en el amor de Dios Padre, del Hijo, y del Espíritu Mismo. El gran significado de este cumplimiento para el pueblo de Dios es que recibe de nuevo, en el sentido más pleno, lo que había perdido en Adán, es decir: la comunión con el Dios Trino. En Cristo, a través de la obra del Espíritu, la Iglesia recibe acceso al corazón de Dios Padre de una manera perfecta.

También, la venida del Espíritu Santo llega a ser el cumplimiento para uno que haya clamado: “Este es el día que hizo Jehová; nos gozaremos y alegraremos en él. Oh Jehová, sálvanos ahora, te ruego; te ruego, oh Jehová, que nos hagas prosperar ahora” (Salmos 118:24, 25). Oh, ¡qué el Espíritu Santo entre en el corazón de cada uno de nosotros! ¡Qué el Espíritu haga Su morada en nuestra vida para el cumplimiento de lo que es de Dios, y para quitar de nosotros lo que es del mundo! Pentecostés también significa, entonces, la otorgación de la gracia de Dios en Cristo en este mundo, para la glorificación del Dios Trino y para la esperanza viva de nuestra vida espiritual.

Segundo pensamiento

Nuestro segundo pensamiento habla acerca del *derramamiento del Espíritu Santo en el cumplimiento*. Leemos acerca de este derramamiento del Espíritu en las mismas palabras de nuestro texto. En el primer lugar, leemos que *llegó* el día de Pentecostés; en el segundo lugar, leemos que el viento del Espíritu *llenó* toda la casa donde estaban sentados; y en el tercer lugar, leemos que fueron todos *llenos* del Espíritu Santo. De esta manera, el derramamiento del Espíritu se hizo visible no

sólo a los apóstoles, sino también a todos los que estaban en la casa. Este derramamiento del Espíritu llegó de manera irresistible, como un viento recio que llenó toda la casa y a la vez llenó plenamente a todos los apóstoles. El príncipe de las tinieblas no pudo impedir este gran hecho, porque provino del corazón amoroso del Dios Trino.

En el día de Pentecostés, hubo un viento recio que causó asombro en los que lo vieron. Leemos en Juan 3:8 que el Mediador dice: “El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”. Así, este derramamiento del Espíritu es algo que no puede ser impedido, y es obrado irresistiblemente en la regeneración. El “soplo” del lado de Dios se revela en la regeneración de un pecador. No debemos entender este “soplo” como si los cielos y la tierra fuesen movidos para que una persona sea convertida al Señor. No, al contrario, lo que significa este “soplo” es que, como el “soplo” de un viento, nada puede resistir la obra del Espíritu y de la regeneración en el corazón. ¿Quién puede resistir el viento? Así el Espíritu dice con toda fuerza al pecador: “Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante” (Job 38:11). ¿Sabe usted algo del derramamiento del Espíritu en su vida, amigo? Nada ni nadie es capaz de resistir el poder del Espíritu. Saulo de Tarso era como un árbol de justicia en sus propios ojos, pero fue tumbado por el Espíritu, y entonces él tenía que postrarse delante el Señor en el polvo. Manasés, el rey malo, fue apoderado por el Espíritu, y entonces aprendió a rogar por la gracia y misericordia de Dios.

El obedecimiento del lado de Dios sólo viene como fruto de la victoria del lado de Dios, porque el poder de Dios es siempre lo que va adelante en la vida de la gracia. Es una bendición que la obra de la regeneración no dependa del hombre, sino que sea la obra unilateral de Dios. No obstante, el hombre no tiene ninguna excusa al no ser salvo, porque en el Paraíso fue creado perfecto, donde vivía en comunión con Su Creador, tenía reverencia para Dios, y estaba completamente lleno con el amor de Dios. ¿Cómo perdió el hombre todo esto? Lo perdió por su propia culpa cuando cayó en el pecado; y ahora por su naturaleza el hombre ni siquiera está triste por causa de lo que ha perdido, sino que está lleno de enemistad contra Dios y odia a Su Creador.

Amigos, si la obra de la regeneración tuviera que provenir de nosotros, nuestro caso sería uno sin esperanza. Como seres humanos, nosotros también derramamos algo: somos una fuente de un derramamiento de injusticia, como bien dice en Salmos 65:2: “Las iniquidades prevalecen contra mí”. Bendito, entonces, es el hombre cuyas transgresiones y rebeliones han sido lavadas y purgadas por el derramamiento del Espíritu. En el día de Pentecostés, se experimentó este derramamiento de una manera irresistible por todos los que estaban juntos en el aposento en Jerusalén. Ellos sabían de

la maravilla infinita de la promesa de Cristo, pero ahora también aprendieron del cumplimiento por Dios. La abundancia de la gracia de Dios fue revelada en ellos. Este derramamiento del Espíritu tiene que ser experimentado una y otra vez en la vida de un hijo de Dios.

Así que estas ciento veinte personas experimentaron la maravilla del cumplimiento de la promesa de Dios, y del estar llenado con el Espíritu Santo. Leemos que se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, y comenzaron a hablar en otras lenguas. Este don de hablar en otras lenguas les fue dado para que luego las grandes obras de Dios y la salvación que Él ha preparado en Jesucristo para la eternidad fueran escuchadas en todos idiomas. Este derramamiento del Espíritu se esparciría entre los judíos y los gentiles, para que también los paganos ciegos, separados de Dios, pudieran confesar Su Nombre. El hecho de que los discípulos en el aposento eran llenados con el Espíritu Santo y hablaron en otras lenguas fue la confirmación de que el derramamiento del Espíritu fluiría por el mundo entero, y de que la salvación en Cristo sería proclamada por todos lados del mundo.

Además, aquí vemos que el Señor preservará el mundo hasta que el derramamiento del Espíritu haya terminado su curso. Este derramamiento de la gracia libre, obrada por el Espíritu, seguirá hasta que sean salvos todos aquellos que han sido contados desde antes de la fundación del mundo según la elección soberana de Dios. El cumplimiento del eterno pacto de la gracia será seguro a través de todos los siglos. La obra del Espíritu, como la tercera Persona del Ser Divino, constituye la obra selladora, para que la gracia de Dios sea glorificada ricamente.

Congregación, tenemos que confesar con vergüenza que nos quejamos tantas veces, ¿no es cierto? Muchas veces decimos: “El Señor obra pocas veces en nuestro tiempo, y muy pocos son salvos en nuestro día”. Yo también soy culpable de haber dicho esto, amigos. Pero de hecho, ¿cómo sabemos que el Señor está obrando poco? Pues, el derramamiento de Su Espíritu ha seguido desde el primer día de Pentecostés hasta el día de hoy. A través de la historia de la Iglesia, ha habido épocas cuando parecía que Dios no obraba más; en aquellas épocas la incredulidad y los errores doctrinales levantaban la cabeza y parecían conquistar. Las enseñanzas del Anticristo se derramaban por el mundo en cambio de las enseñanzas y la obra del Señor. Amigos, por favor entiéndanme bien, tampoco estoy diciendo que estamos viviendo en un buen tiempo espiritual; al contrario. Sin embargo, todavía tenemos la predicación de la Palabra de Dios, y el Espíritu *puede* derramarse sobre nosotros. Lo que quisiera decir, amigos, es que no debemos quejarnos sobre eso; más bien, ¿sabe de qué debemos quejarnos? Si tenemos algún conocimiento de nosotros mismo, nos

quejaremos de nosotros mismos, y diremos con el Salmista: “Alabad a Jehová, porque él es bueno; porque para siempre es su misericordia” (Salmos 118:1).

Oh, ¡si tan sólo tuviéramos ojos para ver la bondad de Dios! En Su misericordia nos permite juntarnos en Su casa hoy para escuchar sobre el milagro de Pentecostés. Si el Señor entrara en juicio con nosotros, o si Él mirara a nuestros pecados, oh, ¿quién podrá mantenerse? (Salmo 130) El Señor sería justo si nos castigara según nuestros pecados y nuestra culpa, también en cuanto a nuestra vida religiosa.

Cuando leemos que los discípulos estaban todos unánimes juntos en el aposento, ¿no es cierto que hay tanta falta de amor y tantas divisiones entre nosotros, amigos? No, de ninguna manera estoy diciendo que debemos estar unidos a costa de la verdad; jamás debemos desviar de las doctrinas bíblicas de la salvación. Sin embargo, qué en este día de Pentecostés nosotros seamos los culpables, para que los que realmente deben estar juntos estén juntos y unánimes en un solo lugar. ¡Qué este día, cuando recordamos el derramamiento del Espíritu Santo, nos lleve al lugar de humillación ante Dios! No podemos esperar encontrarnos con Dios en el monte del orgullo y del auto exaltación, sino en el valle de la humillación.

Deseo hablar sobre una cosa más antes de seguir con nuestro último pensamiento. Hemos dicho que es imposible resistir la obra del Espíritu. Sin embargo, leo en la Palabra de Dios: “¡Duros de cerviz...! Vosotros resistís siempre el Espíritu Santo...” (Hechos 7:51). También leo: “No contristéis al Espíritu Santo de Dios...” (Efesios 4:30). ¿Es posible resistir el Espíritu Santo, entonces? Amigos, esto no quiere decir que se puede impedir el derramamiento del Espíritu, sino que es posible que una persona tape los oídos cuando sea convencido por el Espíritu, aunque esta convicción es *externa* y no es *interna*. Si es así, muchas veces el hombre andará toda su vida “resistiendo” el Espíritu a pesar de las convicciones recibidas, puesto que el Señor normalmente da las convicciones comunes antes de dar las convicciones salvadoras. Llamo a la Iglesia de Dios como mi testigo de que el Señor siempre vuelve a las convicciones comunes y les dice: “Ya te hablé ahí cuando estabas viviendo en pecado o en sus propias justicias”.

Con toda libertad, puedo decir que existe una obra preparatoria del Espíritu. Estas son acciones de parte de Dios, y no de parte del hombre, porque del lado del hombre todo está cortado. En nuestro padre Adán, a través de nuestra caída, hemos cerrado toda posibilidad de volver a Dios. La Palabra de Dios nos describe claramente cuando nos dice: “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también, ¿podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal?”

(Jer. 13:23) Sin embargo, todavía esto no nos da ninguna excusa ante el Señor, porque no fuimos creados así.

Tercer pensamiento

No obstante, amigos, no sólo debemos enfocarnos en lo que el Señor ha obrado en este gran día de Pentecostés, sino que también debemos hablar acerca de *la obra del Espíritu desde este cumplimiento*, es decir, la obra del Espíritu desde el primer Pentecostés en Jerusalén hasta el día de hoy: lo que abarca un período de más de veinte siglos. ¿Qué ha sucedido durante todos aquellos siglos? Me alegro que tengamos los escritos de los padres de la Iglesia, muchos de los cuales han sido traducidos al español; pero muchos más son los que faltan traducirse hasta el día de hoy.

Actualmente nos encontramos en el Siglo XXI, y ahora se nos presenta la pregunta: “¿Ha estado sembrada la obra del Espíritu Santo en nuestro corazón?” ¿Podemos decir algo de la obra del Espíritu en nuestra vida, y de lo que se experimenta cuando el Espíritu efectúa esta obra en el corazón? ¿Ha sido la preciosa fe verdadera obrada en nuestro corazón? Estas son preguntas de suma importancia, amigos. Nuestro tercer pensamiento, *la obra del Espíritu a partir de este cumplimiento*, debe ser un motivo de examinarnos en nuestro viaje que estamos haciendo hacia la eternidad: ¿qué ha hecho el Espíritu en *mí* vida? El Espíritu es el Mismo Espíritu que apareció en el primer Pentecostés; ¿ha sido obrado Su poder en *su* corazón y en *mi* corazón?

Amigos, si el Espíritu Santo no acompañara a la predicación de la Palabra de Dios, sería en vano que yo predicara, porque no llevaría ningún fruto y ninguna bendición. El Espíritu jamás revela a Cristo con toda Su hermosura antes de convencerle al pecador primeramente de sus pecados. Igual como las lenguas repartidas como de fuego que se asentaron sobre cada uno de los discípulos en el aposento alto, así obra el Espíritu en el corazón de un pecador, como una “espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma” (Heb. 4:12). Estas son las obras del Espíritu que convencen y descubren al pecador, y cuando esto sucede en la vida, el hombre está descubierto a su existencia ante un Dios santo, y aprende lo que es en su padre Adán.

En el estado de la rectitud (o el estado de la inocencia), el hombre fue creado perfecto en cuanto al cuerpo y alma. Sin embargo, por causa del pecado, esta obra de Dios se destruyó y se corrompió completamente. Ahora, a través de los siglos, el Espíritu ha ido restaurando y renovando la obra de Dios. El Espíritu no hace esta obra como complemento o añadidura a algo que haga el hombre, porque después de la caída en el Paraíso no quedó en el hombre la más mínima capacidad de hacer el bien. No, el hombre está perdido y tiene que nacer de nuevo; tiene que ser totalmente

renovado por el Espíritu en Cristo Jesús. Cristo nunca tendrá ningún valor para nosotros personalmente, ni se experimentará jamás Su plenitud, ni tampoco sabremos algo de la necesidad de Su preciosa sangre, a menos que la obra del Espíritu Santo primeramente nos haya convencido de nuestro pecado. Hay momentos en la vida de los hijos de Dios cuando ellos claman: “Dios, Te pagaré todo”, y cuando desean satisfacer a Dios. Se dan cuenta de que han ofendido a Dios, y tratan de reconciliarse con Él con sus propias obras. Sin embargo, el Señor les enseña de qué espíritu nacen sus propias justicias, ¡y ese espíritu no es el Espíritu Santo! Por la obra descubridora del Espíritu Santo, la persona aprende que no tiene ni manos ni pies para hacer algo, y aprende más y más del estado perdido en que se encuentra sin Dios.

Congregación, en este día de Pentecostés es mi oración que el Espíritu se manifieste y obre en su corazón. Cuando esto ocurre, uno anda en este mundo con mucha culpa ante Dios, pero en la hora de Dios, por la manifestación del Espíritu, Cristo el Salvador se declara a tal pecador en toda Su gran hermosura. Entonces Cristo se hace necesario en la vida de esta persona.

¿Cómo es el caso con usted, mi amigo? Niños, jóvenes, padres y madres, ¿cómo es el caso de su corazón? ¿Cuál es su esperanza, y qué cumplimiento desea usted? Oh, qué todos nosotros tuviéramos la esperanza del profeta Miqueas cuando dijo: “Pero yo miraré a Jehová; esperaré en el Dios de mi salvación” (Miqueas 7:7). Si tenemos esa esperanza verdadera, el Señor nunca nos abandonará. Puede ser que un hijo de Dios diga: “El Señor conoce corazón y lo que ha pasado en mi vida, pero deseo ver más de la obra del Espíritu Santo en mi vida”. A usted, mi amigo, diré: “¿Quién es el hombre que teme a Jehová? Él le enseñará el camino...” “El secreto de Jehová es para los que le temen...” (Salmos 25:12, 14).

También deseo destacar que la obra del Espíritu Santo en el corazón siempre ha sido y siempre será lo mismo desde el cumplimiento que se llevó a cabo en aquel Pentecostés en Jerusalén. Hoy en día se hablan de tantos diversos “espíritus”, también de los así llamados “Pentecostales”; sin embargo, donde no hay la verdadera obra del Espíritu Santo en el corazón, faltamos todo. Oh, en nuestros días se escuchan cosas supuestamente “espirituales” que realmente dan miedo. El principio verdadero de la obra del Espíritu en el corazón nunca será diferente de la manera en que Dios ha obrado en Sus hijos a través de los siglos. Qué nuestra oración sea: “Señor, conviérteme como Tú conviertes a Tu pueblo”. Hasta el fin de los siglos, tanto judíos como gentiles serán llamados y convertidos a la Iglesia de Dios en la misma manera, y el sonido puro de la obra de Dios será proclamado al honor del gran Nombre de Dios. El Espíritu obra la verdadera humillación en el hombre. Nuestro propio espíritu, que es orgulloso y nada más que fariseísmo, busca exaltarnos a

nosotros mismos y ponernos a nosotros mismos en el trono, pero la obra del Espíritu nos humilla en el polvo delante de un Dios Santo. El poeta de Salmo 22 escribió así de esta obra del Espíritu: “Se postrarán delante de él todos los que descienden al polvo” (Salmos 22:29). Tales personas son levantadas por el amor y la fidelidad de Dios, y por Su obra inalterable, porque Dios es lo mismo hoy, ayer, y para siempre. A Él le agrada confirmar esto en la vida de Su pueblo por Su gracia soberana. Vamos a cantar sobre eso de **Salterio 183, las estrofas 3 y 4**.

Aplicación

Congregación, acabamos de cantar sobre el rebaño, el pueblo de Dios que es miserable en sí mismo, pero que ha recibido del Señor un gran motivo de gozo. El mundo jamás puede dar este gozo que se encuentra en Dios, a pesar de las tristezas que también se experimentan en la vida de un hijo de Dios. El Señor Mismo ha dicho en Su Palabra: “Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre” (Sofonías 8:12). A través de los siglos, el Señor ha enseñado esto a Su pueblo. El pueblo de Dios no es humilde en sí mismo, ni es un pueblo mejor que otros. Sin embargo, es un pueblo que tiene una esperanza. ¿Cuál es esa esperanza? El pueblo de Dios espera en el Nombre del Señor.

Amigos, el día de Pentecostés es un precioso día en cuanto a la revelación del pacto de la salvación. Para Israel, la celebración de la Pascua conmemoraba el día cuando Dios “pasó” con su espada vengadora de justicia, y no mató al primogénito de los israelitas, donde se encontraba la sangre en los postes de la puerta. De la misma manera, el día de Pentecostés es un motivo de gran gozo para el pueblo de Dios, porque la Iglesia es testigo del cumplimiento de la promesa de Dios en cuanto al derramamiento del Espíritu Santo. Por eso la Iglesia regocija en el día de Pentecostés, así celebrando los grandes y benditos beneficios que ha recibido del Señor.

Lo pregunta más importante para hoy es: “¿Ha obrado el Espíritu Santo en *mi* corazón?” Es posible que una persona haya experimentado grandes cosas en la *Providencia* de Dios, por lo que no se puede negar la mano de Dios, pero que la misma persona no haya experimentado nada de la verdadera obra del Espíritu en el corazón. También es posible que una persona se aumente en su propia justicia y se presente de una manera que testifica “No me toques, pues soy más santo que ti”, mientras de hecho tal persona no sabe nada de la obra del Espíritu. Oh, ¡sí! Es posible estar muy afligido, quejarse mucho de sí mismo, y postrarse en el polvo y todavía ser un extranjero a la obra vivificadora del Espíritu Santo. Por eso, amigos, ¿acaso no es necesario que cada uno se examine para saber si sabe algo de la obra verdadera de Dios o no?

Niños en medio de nosotros, estamos de viaje a la eternidad. ¡Piensen mucho en esto! Muy pronto nuestra vida puede ser cortada, y si tuviéramos que morir hoy ¿qué nos esperaría en la eternidad? Oh, gracias al Mismo Espíritu del día de Pentecostés, y por el mandato de Jesús, las buenas nuevas del Evangelio ya se anuncian entre los gentiles y los paganos. Sin embargo, ¿será que los paganos se salvarán y nosotros nos perderemos? ¿Será que resistimos y entristecemos al Espíritu? ¿Hacemos caso cuando Dios nos habla fuerte a través de Su providencia? ¡La puerta está abierta aún! En la gran bondad de Dios, todavía podemos ser salvos.

Si usted está sin la obra del Espíritu en su vida, usted falta *todo*. El mundo no ofrece más que tristeza y problemas. Oh queridos jóvenes, ¡que escojan el camino de Dios como hicieron Timoteo y David, por la gracia del Señor! Es un beneficio inexpresable poder servir al Señor, y este beneficio no es inalcanzable, porque el Mismo Dios vive aún, y Él está dispuesto a salvar, para que se extienda Su reino. Jóvenes, ¿alguna vez han deseado tener la porción que tiene el pueblo de Dios? Oh, ¡escuchen al pueblo de Dios cuando cuenta de la obra del Espíritu y los caminos maravillosos en que Dios los lleva!

Padres y madres en medio de nosotros, hoy es el día de Pentecostés otra vez. ¿Cuántas veces en su vida ya han oído el mensaje del Espíritu en el día de Pentecostés? Y, ¿todavía permanecen endurecidos de corazón? ¡Cuán terrible es eso! En los Cánones de Dort podemos leer de los que menosprecian a Cristo al escuchar Su Palabra y endurecer su corazón. Así que si nos perdemos para la eternidad, siempre será por causa de nuestra propia culpa. Hay personas que piensan que son tan ortodoxas, y proclaman con voz alta que el hombre no puede salvarse; pero al decirlo implican sutilmente que la culpa es de Dios si uno no es salvo. Oh, ¡tales personas se darán cuenta en el día de juicio cuál es el fruto de hacer caso omiso a tan grande salvación que Dios ha preparado en Cristo! Amigos, ¡apúrense por su vida antes de perderse para siempre!

Hijo de Dios en medio de nosotros, ¿cómo queda el asunto con usted en este día de Pentecostés? ¿Puede negar que Dios le haya hecho conocer su pecado? No, no se puede olvidar jamás el tiempo cuando Dios comenzó la buena obra en el corazón. Muchas veces los hijos de Dios se afligen para saber si lo que han experimentado es verdaderamente de Dios, porque las voces adentro les dicen que no son más que hipócritas. Sin embargo, donde Dios ha comenzado Su obra, Él siempre lo terminará. Hay un momento en la vida del pueblo de Dios cuando saben contra Quien han pecado, pero Dios ha arreglado toda su cuenta a través del Espíritu Santo que aplica la obra redentora de Cristo Jesús.

Oh pueblo de Dios, no puede negar la aplicación del camino de la redención en Cristo. Es un hecho de suma importancia en la vida de un hijo de Dios cuando se descubre a sí mismo para darse cuenta de su existencia pecaminosa ante un Dios santo, y cuando se manifiesta a tal persona que tiene vida a través de Otro, es decir, a través de Jesucristo. Sin embargo, para tal persona, todavía es necesario experimentar personalmente el día de Pentecostés, cuando la tercera Persona del Ser Divino sea revelada en su vida. ¡Oren que Dios efectúe ese cumplimiento en *su* corazón!

Pueblo de Dios, espero que no entristezcan al Espíritu al negar lo que Él ya ha hecho en su vida, porque si eso es el caso, experimentará unas tinieblas espirituales en el alma, haciendo que el hijo de Dios comience a dudar a Dios en cuanto a Su bondad, amor, y fidelidad. El dudar así es pecar contra un Dios bueno, a pesar de que es verdad que todos verdaderos hijos de Dios experimentan algo de esa duda alguna que otra vez en la vida espiritual. Es más, ¡si una persona *nunca* duda de su salvación, se puede decir que es dudoso que sea un verdadero hijo de Dios! Sin embargo, los hijos de Dios oran que Él aclare todo en su vida, para que no Lo nieguen y así “entristecer al Espíritu”.

Ahora bien, es el día de Pentecostés, cincuenta días después de la celebración de la Pascua. Hijos de Dios, ustedes han comido del Cordero Pascal; ¿alguna vez han celebrado el Pentecostés con el sello del Espíritu Santo en el corazón? Hay una cosa que ciertamente será confirmada algún día: la gran multitud del pueblo de Dios, la cual no podrá ser contado, será reunida desde todas partes del mundo, y el Espíritu obrará en ellos y los unirá para que proclamen las alabanzas de Dios para siempre. Entonces los grandes y los pequeños serán unidos para recibir gozo eterno, y el pleno cumplimiento de lo que Dios ha prometido. En aquél día serán llenos del Espíritu de Dios, y tendrán comunión con el Dios Trino para siempre. Amén.